

## LA DIFUSIÓN CULTURAL PRE-COLOMBINA EN AMÉRICA NUCLEAR

*Ana María Lorandi*

### PROBLEMAS GENERALES EN LOS FENÓMENOS DE DIFUSIÓN EN LAS CULTURAS PREHISTÓRICAS AMERICANAS

Desde principios de siglo y aun antes, los problemas de los orígenes, dispersión, crecimiento y antigüedad de las culturas americanas, fue discutido hasta el punto de dar por resultado la formación de grupos de opinión diferentes.

El problema del estudio de los fenómenos de difusión de las culturas prehistóricas obliga a considerar una serie de circunstancias específicas que conviene señalar con claridad.

Como no podemos estudiar el proceso en el momento en que éste se produce, sino que sólo nos enfrentamos con el resultado de la difusión, es útil señalar los tres criterios que Betty Meggers (1964) ha propuesto para organizar el análisis de la cuestión; a saber (estos criterios en parte son modificaciones de los postulados por la Escuela Histórico-Cultural):

1. Originalidad del rasgo.
2. Ausencia de antecedentes locales.
3. Ausencia de causalidad funcional; sobre los cuales puede juzgarse que ha existido conexión entre dos o más apariciones de estos rasgos.

Hay por fin un cuarto criterio, por medio del cual podremos juzgar si estamos en presencia de un fenómeno de préstamo:

4. Presencia de un complejo de rasgos que se duplica en dos o más lugares diferentes.

Meggers dice claramente: "Aunque a veces se sostiene que la duplicación de un solo rasgo en áreas ampliamente separadas puede resultar de invención independiente, la coincidencia de un complejo de rasgos generalmente inclina la balanza en favor de la conexión, sobre la base de que la invención independiente, en dos o más lugares, de varios rasgos únicos, sin asociación funcional, está más allá de los límites de la probabilidad razonable. (Pág. 512).

Por otra parte es necesario distinguir entre distintas clases de rasgos, algunos de los cuales difícilmente puedan ofrecernos datos sobre difusión. Cuan-

do los rasgos o complejos de rasgos considerados son de tal tipo que implican la utilización de técnicas muy complejas o elaboradas, como por ejemplo alfarería con pintura negativa o pintura post-cocción con varios colores; extracción de porciones de la superficie y rellenado con pigmento rojo o blanco, es evidente que indican difusión. Mientras que tratando con rasgos tales como la insición con motivos geométricos, punteado, corrugado, etc., es más difícil poder establecer relaciones interareales o interregionales. Porque son rasgos de tal simplicidad que pueden fácilmente ser reinventados.

Hay ciertos elementos de la cultura no material que están más atados a una conexión funcional con la cultura receptora. Hay elementos de la cultura material que pueden ser aceptados por un grupo en una relación más laxa con respecto a su contexto, pero ciertas formas de organización social o política, por ejemplo, deberán poder ser integradas en relación con la densidad de población, las posibilidades de recursos alimenticios del grupo, y varios otros factores que no pueden ser difundidos independientemente.

Además las características medioambientales favorecen la aceptación de algunos rasgos y rechaza otros, y por otra parte, estos factores condicionan por sí mismos la reinvención de rasgos que facilitan la adaptación del grupo. Meggers utiliza el ejemplo de las casas pozos en el Suroeste de los Estados Unidos y en el N.O. argentino, diciendo: "gentes que viven en medio-ambientes similares, y tienen similares necesidades para la protección de los elementos y poseen un grado comparable de destreza tecnológica, probablemente encuentren similares métodos para resolver los problemas de supervivencia, resultando en paralelos posiblemente tan específicos como aquellos que indican difusión, pero que carecen del criterio de ausencia o causalidad funcional" (1964, pág. 513).

Consideramos ahora aquellos elementos o complejos de rasgos que son localizados en áreas de gran amplitud. Tanto Wissler (1923) como Cooper (1925), desarrollaron el concepto de que los rasgos difundidos en áreas muy extensas son más antiguos que aquellos que se restringen a regiones más específicas. Este concepto tiene indudablemente una validez relativa. Los mecanismos del cambio cultural en cualquiera de sus formas, son demasiado complejos para que permitan una determinación a priori, y sobre todo, este tipo de generalización. Con este criterio puede explicarse satisfactoriamente cierto tipo de fenómenos. Meggers y muchos otros autores, se apoyan en él para explicar casos de convergencia en áreas muy separadas, como resultado de supervivencia de rasgos que pertenecieron a un substratum común, tanto en tiempos precerámicos o preagrícolas como para aquellos que surgen a nivel formativo básico, manifestado por la posesión de la agricultura, alfarería, agrupación humana en villas, y otros ceremoniales. (Kroeber, 1923; Lothrop, 1939 y 1940; Willey, 1958).

Como ya dijimos, este criterio puede ser útil para explicar paralelismos culturales como los mencionados, pero no agota todos los mecanismos por los cuales puede darse razón acerca de fenómenos de convergencia en áreas muy separadas y entre las cuales se puede comprobar la presencia de elementos difundidos. En primer lugar existen ciertos complejos de rasgos que tienen una mayor fuerza expresiva, ya sea ésta intrínseca o bien porque el grupo donde se originan posee medios muy poderosos para facilitar la distribución (militarismo por ejemplo). Claro es que en América estos tipos de expansión sólo tu-

vieron lugar dentro de las grandes áreas y en ningún caso explican los fenómenos de dispersión intercontinental. Pero cuando se trata de complejos de rasgos integrados por mito-ritual y un arte relacionado, esta expresión pudo hacerse a través de los hemisferios sin ninguna dificultad o por lo menos sin necesidad de una expansión política, aunque es claro que necesitó mayor tiempo para producirse.

Un segundo tipo de crítica tal vez puede ser más concreto. Y se refiere a la presencia de rasgos o complejos de rasgos que se localizan en áreas distantes entre sí ubicadas en las costas oceánicas y que aun no cuentan con sitios intermedios donde se localizaran tales rasgos. En estos casos es posible la comunicación marítima directa y repetida y como veremos, la prehistoria americana cuenta con ejemplos de este tipo. En este caso intervienen dos factores: uno es la adaptación del grupo a la vida costera que favoreció la invención del segundo factor: la embarcación, que les permitió la navegación costera durante largo tiempo, a lo que se une un empírico conocimiento de las direcciones de las corrientes marinas y de los vientos en las distintas épocas del año. (Coe, 1960).

Los conocimientos de navegación en alta mar de los pueblos del Pacífico y las posibilidades cada vez más aceptadas de su arribo a las costas occidentales americanas son otro argumento en favor de la posibilidad de una difusión producida en poco tiempo entre áreas muy separadas.

Por último, Meggers (1964) distingue también entre dos categorías: difusión que deriva de la dispersión de los pueblos pre-agrícolas, a través del continente, y aquella que emana de los centros de más alta civilización en América Nuclear. Como ejemplo del primero utiliza el ya mencionado de las similitudes culturales entre el S.O. de los Estados Unidos y el N.O. de Argentina, que sólo pueden explicarse —dice— a partir de una herencia común. Para la segunda categoría utiliza el ejemplo de las técnicas de fabricación de la cerámica que se mueven hacia el S.O. de los Estados Unidos desde Mesoamérica y hacia Argentina desde Perú y Bolivia.

Evidentemente este último planteo aclara las cosas. Nadie discute la expansión continental de los pueblos pre-agrícolas, porque sería discutir la presencia del indígena en América. Pero lo que sí se ha discutido son las relaciones a partir del Formativo entre las dos grandes Áreas Nucleares. Por lo tanto veremos a continuación el desarrollo histórico de las opiniones al respecto.

#### HISTORIA DE LAS IDEAS ACERCA DE LA DIFUSIÓN ENTRE MESOAMÉRICA Y EL ÁREA ANDINA

El primer investigador que aborda el tema es Spinden en 1917. Establece la posibilidad de una amplia difusión a partir del área mesoamericana. Como resultado del descubrimiento de restos estratificados en el valle de México, creyó que la cerámica más antigua del período local podría estar relacionada con el descubrimiento original de la agricultura y que el complejo de la cerámica, de algunos tipos de figurillas, y el maíz, serviría para seguir la ruta desde México hacia el Sur hasta el Amazonas y Perú.

Max Uhle, no en vano considerado como el padre de la arqueología peruana, no podía ser insensible a los problemas de relaciones entre las distintas

áreas americanas y del origen y relaciones de esas culturas con las asiáticas.

En los primeros trabajos de Uhle que datan de 1923, este autor admite junto con Jijón y Caamaño, que las primeras civilizaciones de Colombia, Ecuador y Venezuela, forman un grupo que está probablemente conectado con la civilización de Muonds de América del Norte. Falta, según él, determinar la raza de América Central a la cual atribuir el movimiento civilizador que ganó las regiones septentrionales: y piensa que fue la civilización de los Mayas, y no las tribus de la familia Nahua. Para demostrarlo invoca la cerámica (forma y decoración de los vasos) singulares juegos con casas cuadradas, en las cuales ciertos autores han querido ver los planos de los sacrificios, las esculturas de piedra, etc.

Uhle sostiene que es posible reconocer 5 oleadas de civilización maya que se encuentran en la costa del Pacífico entre los 14° de latitud Sur y los 4° de latitud Norte, en épocas diferentes.

En otro trabajo del mismo año, Uhle polemiza con Lehmann, acerca de la opinión de este último de que en la costa peruana se pueden observar influencias de la cultura arawak. Uhle sostiene que la región central de América del Sur perteneció en gran parte a las tribus Chibchas, y que allí no había ningún arawak. Insiste en la necesidad de que todo el problema de los contactos debe referirse a la cronología y atribuye nuevamente un origen maya a las culturas, por considerar que esta es la más antigua del norte de América Central.

En dos trabajos publicados en el XVII Congreso Internacional de Americanistas, efectuado en Lima en 1939, trata estos temas en forma bastante original. En uno de ellos titulado "Procedencia y origen de las Antiguas Civilizaciones Americanas", postula el origen chino de estas civilizaciones, a través de la comparación de rasgos tales como los dragones, calendario, cultos, etc. El elemento primordial es el dragón y otro dios con figura humana y labio superior grueso y sobresaliente, torcido hacia arriba y con una hilera de dientes debajo de la boca misma (indudablemente son figuras que hoy podemos considerar Olmecas). En la época que se escriben estos trabajos, el grupo más conocido y que tenía una relativa antigüedad eran los mayas, que desde muy temprano llamó la atención de todos los estudiosos. Considera que las figuras que discute en este trabajo, alcanzan el Callejón de Huayllas y el Puerto de Manta en Ecuador. Por otro lado, en una columna de piedra de Tuxpan este mismo tipo se mezcla con la figura de serpiente. En este trabajo, se dedica especialmente a estudiar algunos elementos de origen americano central que atribuye a los chorotegas, entre los que destaca las estatuas de piedra en forma de personas con la figura de cocodrilo que le trepa por la espalda, originarias de Nicaragua.

Indudablemente, ve claramente la enorme cantidad de elementos que le guían en sus investigaciones con respecto a las relaciones interhemisféricas, pero carece todavía de datos suficientemente claros, sobre todo de tipo cronológico, para comprobar con seguridad sus afirmaciones.

Aunque Uhle atribuye distintas edades que las reales a algunas culturas americanas, las correlaciones que vislumbra serán después nuevamente retomadas con ayuda de evidencias que demuestran que los rasgos que Uhle consideró de origen maya pertenecen en realidad a las culturas Olmeca y Chavin en gran parte y las relaciones entre ellas son, debido a la similitud entre ambas, objeto de un intenso estudio en la actualidad. Como un verdadero visio-

nario sostuvo a principios de siglo la existencia de estas relaciones a pesar de la escasez de información con que tuvo que trabajar.

Kroeber, en un trabajo presentado en el Congreso de Americanistas del año 1928, discute estos problemas previo análisis de la arqueología peruana. Estudia las posibilidades de relación entre las culturas Chavín y las Mejicanas, pero sostiene que lo más probable es postular la existencia de un conjunto de hábitos comunes de los grupos en su manera de manejar las líneas de decoración. Kroeber considera que hay una serie de semejanzas que son superficiales y fortuitas. En general no acepta la opinión de Lothrop sobre las coincidencias culturales entre Perú y América Central y tampoco las de Spinden pues piensa que los tipos cerámicos más cercanos a los del arcaico mexicano, son los de Ancon y Supe y que la gran simplicidad de sus caracteres no son prueba suficiente para determinar la difusión.

Kroeber también analiza a fondo las teorías de Uhle y Rivet. Este último (1925) distingue ocho migraciones que contribuyen a la cultura del oeste americano del Sud. Seis de ellas han legado a Perú o han emanado de él. La segunda ola se origina en el este de Sudamérica y se expande a Perú y México llevando la tiradera, labret, pipas de Pan y cabeza trofeo. Llegan a Perú en el período de Nazca temprano. Evidentemente Rivet ve la existencia de este complejo, típico de Tiahuanaco y de Nazca y que se expande luego hasta el norte de Chile y el N. O. argentino. Claro que con los datos disponibles en su época, Rivet habría también de confundir mucho las cosas.

Kroeber sostiene que este esquema tiene elementos seleccionados. Es verdad —dice— que la tiradera, la pipa de Pan y la cabeza trofeo están en Nazca temprano; pero también están el oro y el maíz que supuestamente han sido traídos desde el norte por la cuarta ola. Considera que si la agricultura desarrollada, con irrigación, con terrazas de adobe, alto grado de arte textil, no fueron propios de Nazca temprano, deberemos suponer que también fueron traídas por las tribus brasileñas que después perdieron esas artes.

Kroeber arguye que si aceptamos la originalidad de ciertos elementos, por qué debemos suponer que los demás fueron importados. La historia general de la cultura —dice— hace pensar lo contrario, es decir, que la difusión se hizo desde los pueblos ubicados en las tierras altas a las bajas.

Cuando trata las opiniones de Uhle, sostiene que hay una sensible diferencia entre el valor de sus trabajos cuando se ocupa de la arqueología peruana, y cuando quiere establecer relaciones hemisféricas o intercontinentales.

Resumiendo las opiniones de Kroeber, diremos que es uno de los más firmes representantes de la escuela aislacionista de su época, y que está por ello en franca polémica con los investigadores europeos que intentan establecer relaciones entre rasgos en el orden continental. La única concesión al respecto por parte de Kroeber, es en cuanto a la existencia de un origen común que se extiende desde el lago Texcoco al Titicaca y a partir del cual, las altas culturas desarrollan expresiones peculiares, y que sostienen entre sí, algunos contactos, pero aún no probados, y que sobre todo estos no influyen sobre la formulación original de los contextos de cada área.

La respuesta de Uhle, leída en el mismo Congreso Internacional de Ame-

ricanistas del año 1928, celebrado en New York, tiene acotaciones interesantes de comentar.

Divide las opiniones en dos grupos:

1. Desarrollo independiente de las civilizaciones de las diferentes partes del continente.

2. De su interdependencia en forma de un árbol genealógico una de otra, y reducción de sus últimas raíces a una sola primitiva.

Este segundo grupo de teorías implica la descendencia de la primera civilización de fuentes originales situadas fuera del continente. Uhle discute las conclusiones de Kroeber, sosteniendo que la base común de las civilizaciones americanas debe buscarse extracontinentalmente. Analiza una serie de rasgos de origen asiático o micronesio que pueden rastrearse entre indígenas de diferentes regiones americanas. Para apoyar esto, dice contar con algunas conclusiones al respecto establecidas por Boas y Ehrenreich.

En 1928, Julio Tello puntualiza con exactitud la cuestión del origen de las altas culturas peruanas: 1. — “si las civilizaciones peruanas son el producto de las modificaciones o degeneraciones de una alta cultura inmigrante; en otras palabras, si esas culturas son exóticas y 2. — si ellas son el producto de un desarrollo y diferenciación de culturas primitivas que arribaron al Perú en su estado incipiente es decir, son autóctonas” (pág. 261).

Tello es uno de los arqueólogos a quien más se debe por sus descubrimientos en la prehistoria peruana. En este trabajo resume el estado del conocimiento sobre ella hasta el momento. Establece sus propias etapas de evolución, que modifican en parte las cinco etapas propuestas por Uhle. Por otra parte Tello se inclina a pensar que los primitivos grupos debieron habitar la parte de las tierras altas, porque hay mayores recursos económicos y porque hay menos enfermedades. Y supone que los grupos, tanto los de la costa como aquellos de las forestas debieron aprender la agricultura y en general la cultura de los de las sierras. Los pastores fueron quizás los primeros propagadores de cultura. Tello desarrolla ampliamente toda su teoría sobre la arqueología peruana, estableciendo los límites de dispersión de los distintos horizontes y culturas y piensa que “quizás no sería aventurado decir que el área de la cultura arcaica revelada por la arquitectura y escultura se extiende hacia el sur hasta Tiahuanaco y por el norte hasta San Agustín en Colombia”.

En el *Journal de la Société des Américanistes de Paris*, en 1930, Jijón y Caamaño desarrolla una serie de opiniones acordes con las de los europeos. También él habla de oleadas sucesivas, todas en dirección norte-sur.

El primer jalón que utiliza para demostrar la referida opinión es la presencia de ciertas estatuas con formas humanas y animales asociados y que provienen de Nicaragua a las cuales compara, anotando las diferencias con otras mejicanas y mayas. De allí supone la presencia de una migración de Nicaragua y que se extiende hasta Costa Rica desde México y que atraviesa el territorio maya antes del 150 y cuyo florecimiento se nota aún en el año 97 a. C. (esta cronología proviene de la correlación Morley para el calendario Maya).

Jijón y Caamaño trata de encontrar a qué grupo inmigrante perteneció la propagación de las estatuas. Descarta el grupo uto-azteca por ser dema-

siado reciente y se inclina por la migración Chorotega en lo que está de acuerdo con Lothrop. Además considera esta expresión como anterior a la maya.

Analizando posteriormente elementos ecuatorianos y peruanos en sus respectivas secuencias, tal como se conocían hasta ese momento, y los contextos mesoamericanos, llega a la conclusión de que se pueden distinguir cuatro "mareas culturales" a saber:

1. La más reciente, la maya que ha podido dejarse sentir en distintas oleadas y que se puede fechar entre el I y VII siglos de nuestra Era. (Antiguo Imperio, utilizando la nomenclatura de Morley).
2. La chorotega, que precedió a la anterior, pero que puede haber continuado simultáneamente con la otra.
3. La arcaica que precedió a ambas.
4. La primitiva (pescadores de Arica — Fueguinos).

En realidad las dos primeras forman para Jijón y Caamaño un substratum del cual surgen las culturas posteriores.

En definitiva, Jijón y Caamaño elabora una síntesis entre las dos corrientes de ideas comunes en su época, y con algunos cambios y mayor precisión resultará a la postre el hilo inicial a partir del cual se desarrollarán las corrientes actualmente en boga.

Nordenskiöld, en 1931, selecciona una gran cantidad de rasgos que distribuye en ambos continentes. En general sostiene que "no han tenido lugar migraciones importantes de la América del Norte y Central a la del Sur en tiempos tan recientes que no puedan comprobarse rastros de idiomas centro y norteamericanos en la América del Sur. Han viajado las ideas con elementos prestados de varias culturas, pero no con una cultura ya asimilada" (pág. 49, edic. 1949).

En general piensa que los inventos pueden repetirse en grupos que viven en medio-ambientes similares. Considera que es muy difícil determinar el origen de elementos aunque aquéllos hayan sido localizados en Perú y en América Central. Por eso, cree que es necesario tener mucho cuidado al hacer excavaciones para lograr datos sobre la edad de los rasgos.

Con respecto a la metalurgia, parece más inclinado a creer que América del Sur era el área donante y América Central y México la receptora.

Está de acuerdo con Paul Rivet cuando sostiene que la metalurgia peruana ha influenciado directamente a la de México por medio del comercio costanero. "Es de creer —dice Nordenskiöld— que por este mismo camino conocieron los mejicanos también el bronce" (pág. 53).

Después de analizar gran cantidad de fenómenos de convergencia, concluye que las civilizaciones de Sud América y América Central tuvieron un origen común en tiempos muy remotos. En general cree que en América Central hubo un lugar con civilizaciones más avanzadas que dieron origen a las del Sur, pero que éstas a su vez tuvieron un desarrollo independiente.

En 1939 y 1940 (un sólo trabajo editado en distintas publicaciones) Lothrop vuelve sobre el tema.

Estudiando las posibilidades de comunicación entre América Central y América del Sur, le parece más probable la posibilidad de conexiones te-

restres que marinas, pero sólo en ciertos períodos. Las dificultades que ofrece la selva, son de tal naturaleza que la dispersión natural a través del continente se torna imposible, en el período comprendido entre 5500 y 2000 a. C. Siguiendo a Nordenskiöld (1931), quien ha catalogado 65 elementos que aparecen en zonas templadas en Norte y Sud América, pero que se presentan esporádicamente o no se presentan en las regiones intermedias, cree en la factibilidad del cambio sin migraciones, con préstamo de pueblo en pueblo.

Utiliza el ejemplo del juego de pelota, conocido desde Paraguay hasta Arizona y en las Antillas, teniendo en todas partes una serie de reglas precisas que se difunden junto con el juego. A pesar de las dificultades de la migración en la época del surgimiento y desarrollo de la agricultura, cree posible que las civilizaciones se desarrollasen a partir de un nivel básico común y que cierto intercambio debió existir también.

También hace un estudio de las sucesivas posiciones de Uhle, y cree que ellas no pueden seguir sosteniéndose debido principalmente a la falta de correlaciones cronológicas entre México y Perú. Comenta a Jijón y Caamaño y a Paul Rivet y Kroeber sucesivamente y está de acuerdo con este último en creer que la llave del conocimiento en las más altas culturas del Nuevo Mundo puede estar en la expansión de tribus arawak, cuyo centro original parece haber sido la cuenca del Orinoco, y que penetró lo suficientemente temprano como para influenciar el desarrollo de altas culturas. Pero en general sostiene un origen único para las Altas Culturas. También está de acuerdo en que los arawak fueron la vía por medio de la cual una serie de elementos sudamericanos se expandieron hacia el norte.

Investiga los movimientos migratorios y los elementos de origen sudamericano en Centro América (Panamá, Ecuador, Costa Rica) en sitios tales como Coclé, Veraguas, Nicoya. Explica la aparición de estas formas tardías post-tihuanaco como consecuencia del comercio por mar, del cual hay noticias históricas del siglo xvi.

Como conclusión sostiene que no se han reunido aun suficientes datos para determinar sobre una base generalizada las relaciones aborígenes intercontinentales en el Nuevo Mundo. Que las opiniones de los especialistas difieren mucho en este sentido pero que en general puede aceptarse que tuvo lugar un intercambio de ideas específicas y ocasionalmente de mercaderías a través del Istmo de Panamá.

Kidder, en 1940, encuentra evidencias de migraciones de Sudamérica a México, estudiadas por la lingüística, que representan reducidas oleadas de pueblos. Encuentra que ciertas plantas como la coca tienen su hogar en el este de los Andes y llegan hasta Nicaragua. Otro elemento de origen amazónico es la hamaca que llega a Mesoamérica, así como las mazas de piedras estrelladas y agujereadas que estaban en uso en Chimú temprano y tienen amplia difusión en el área andina.

Señala la presencia esporádica en Jalisco, del Juego de Pelota, cuya distribución alcanza como ya lo vieron otros autores, desde los Chané del Chaco hasta Hohokan en Arizona y las Grandes Antillas. El hecho es que su dispersión también está acompañada por la regla de la prohibición de tocar la pelota con la mano. Nordenskiöld y Lothrop creen que el juego fue inventado por los arawak en Sudamérica al Sur del Amazonas y se difundió ampliamente culminando con el juego de pelota ceremonial azteca; ciertos



ritos, tales como prácticas de sacrificio humano, de los cuales, en uno se extraía el corazón y en otro la víctima era atada y muerta con flechazos y la sangre manaba a tierra; sacrificios de niños para asegurar la lluvia, también son comunes.

Como conclusión Kidder se muestra en favor de una dirección Sur-Norte de las corrientes de difusión y no respeta correctamente la situación cronológica de las culturas que compara. Sin embargo admite la situación de difusiones en tiempos tardíos o post-formativos que hasta el momento habían sido sistemáticamente negados por los americanos.

En 1943 tenemos el importante trabajo de Kirchoff. Además de establecer los límites de Mesoamérica, enumeró gran cantidad de rasgos que comparten entre sí diversas regiones del Continente<sup>1</sup>.

- a: Sureste, suroeste, Mesoamérica, Chibchas, Andes, Amazonia: cultivos, cerámica.
- b: Sureste, suroeste, Mesoamérica, Chibchas, Andes, Amazonia Noroccidental: maíz, frijol, calabaza.
- c: Sureste, Mesoamérica, Chibchas, Andes: sacrificio humano.
- d: Sureste, Mesoamérica, Chibchas, Andes, Amazonia noroccidental; patata cerbatana, cabezas trofeos.
- e: Sureste, Mesoamérica, Chibchas, Amazonia: canibalismo.
- f: Sureste, Mesoamérica, Andes, Amazonia noroccidental: confesión.
- g: Sureste, Mesoamérica, Chibchas, Andes: cultivo en manos de hombre, construcciones de piedra o barro, sandalias.
- h: Suroeste, Mesoamérica, Chibchas, Andes, Amazonia noroccidental: algodón.
- i: Mesoamérica, Chibchas Andes: tierras de cultivo, puentes colgantes, algunos elementos de este grupo, tal vez la mayoría, se conocen dentro de Mesoamérica, solo en su parte sur.
- j: Mesoamérica, Chibchas, Andes, Amazonia noroccidental: yuca dulce, chile, piña aguacate, papaya, zapote, variedades de ciruelas o jobos, perro mudo cebado; pato escudos entretreídos, picas, metalurgia; calzadas empedradas, mercados.
- k: Mesoamérica, Andes: clanes de tipo Calpulli-Ayllu; sacar corazón a los hombres vivos; rociar santuarios con sangre de víctimas de los sacrificios.
- l: Mesoamérica, Amazonia: aventador de cestería, platonos planos de barro para cocer el pan (comal), juego con pe'otas de hule; tambor de madera con lengüetas. Es notable que los elementos de este grupo llegan hasta las fronteras norte y sur de Mesoamérica, pero no se conocen entre las tribus jicaque, paya, sume y misquito que colindan directamente con ellas y son cultivadores inferiores como las de Amazonia.
- m: Mesoamérica y recolectores cazadores: horno subterráneo; baño de vapor.

Elementos ausentes en Mesoamérica:

- a: Sureste, Chibchas: adorno del borde de la oreja.
- b: Sureste, Chibchas, suroeste, Amazonia noroccidental: clanes matriarcales.
- c: Sureste, Chibchas, suroeste, Amazonia noroccidental: beber los huesos molidos de los parientes muertos.  
(La costumbre de beber los huesos molidos de los parientes muertos parece corresponder en Mesoamérica a otra: beber el agua con que se baño el pariente muerto.)
- d: Suroeste, Chibchas, Amazonia noroccidental: armas envenenadas.
- e: Chibchas, Andes: cultivo de la coca.
- f: Chibchas, Andes, Amazonia: cultivo de palmeras.

William Duncan Strong (1949) sostiene las mismas opiniones de todos aquellos que apoyan la escuela aislacionista. Los desarrollos culturales en norte y sud de América Nuclear son debidos a una unidad histórica original y a una dispersión tardía en forma indirecta, pero rechaza la idea de migraciones extensas.

En el mismo año 1949, Romero presenta un trabajo donde estudia las co-

rrelaciones entre los danzantes de Monte Albán de origen Olmecoide y las figuras de Cerro Sechín pertenecientes a la cultura u horizonte Chavín de Perú. Encuentra gran cantidad de correlaciones estilísticas que cree demuestran un proceso de difusión.

A partir de ese momento los estudios de difusión entre Mesoamérica y el Área Andina, toman otro carácter. Podríamos decir que a partir del trabajo de Porter de 1953 que comentaremos inmediatamente, los estudios de ese tipo adquieren una base común mucho más sólida. Para comenzar se debe notar que se sostiene sobre un esquema cronológico, procurando comparar rasgos específicamente arqueológicos que pueden tener una relativa contemporaneidad y sobre todo que estén ubicados en los mismos niveles de desarrollo.

La investigación de Porter se basa sobre un estudio previo de los materiales de Tlatilco en el Preclásico Medio de Mesoamérica. Establece las siguientes correlaciones: con San Agustín y con Chavín en especial.

Con San Agustín en Colombia; destaca algunos de los aspectos primordiales de San Agustín tales como la construcción de montículos funerarios con paredes de piedra y techados con lajas; paredes de las tumbas pintadas y estatuas de piedra. San Agustín es un importante centro ceremonial y religioso y Porter hace hincapié en la semejanza que existe entre los sarcófagos monolíticos encontrados en las tumbas y uno hallado en La Venta en el corazón del área Olmeca en México. El sarcófago de La Venta puede conocerse a través de una gran ilustración de Covarrubias (1961). Tiene tallado en relieve un jaguar, en cambio por una ilustración que nosotros hemos consultado en Duque Gómez (1962), los sarcófagos de San Agustín son lisos.

Por otra parte el estilo general del tallado de la piedra ofrece grandes similitudes entre aquéllos de La Venta y San Agustín. El motivo de jaguar es uno de ellos. Otro rasgo Olmeca que se halla en San Agustín es la tumba en cancel y los motivos de águila y la serpiente que también se consideran mesoamericanos (elementos estos últimos que no cita Portes).

Este autor señala además los siguientes elementos: cerámica monocroma, dirección de los bordes de la alfarería, pintura negativa, vasijas con soportes sólidos, piezas con bases anulares, figurinas de arcilla. Todos tienen su paralelo en Mesoamérica pre-clásica.

Por otra parte el motivo felínico relaciona a San Agustín no sólo con los Olmecas sino también con el estilo Chavín. En cuanto a la cerámica, ambas comparten los siguientes rasgos: vasijas de base plana, vasos cilíndricos, platos con lados invertidos, jarros con cuellos altos y asa estribo. Las formas y técnicas decorativas son muy similares en Chavín y en Tlatilco. Entre los motivos decorativos que menciona están: decoración zonal, escisión, rocker-stamping, pintura negativa, motivo felínico, bordes decorados, asa estribo, representación dual. La composición estilística además presenta muchos detalles de conjunto. Entre la cultura Olmeca y la cultura Chavín es muy probable la relación a través de ese cierto "aire de familia" que las une. Por nuestra parte queremos agregar que la presencia en la región de entierros en urnas funerarias nos señala una influencia oriental. Si no estamos equivocados, San Agustín como el N.O. argentino, son los puntos extremos de un arco que teniendo su centro en la zona amazónica, lleva este último rasgo sobre culturas de origen primordialmente andinas.

En un trabajo de 1958, Willey sostiene la existencia de una amplia difusión de ítems culturales en el período Formativo, entre Mesoamérica y Perú y las influencias que deben haber pasado a través del área de Centro América y norte de Sud América. Los complejos cerámicos más tempranos en la costa de Ecuador, Colombia y Panamá están claramente relacionados con la difusión de los ítems del Formativo y pueden en algunos casos realmente haber sido anteriores. En general el movimiento parece haber tenido una dirección Norte-Sur. Otras conexiones de rasgos entre las dos grandes áreas culturales, tales como la metalurgia y las figurillas modeladas, pertenecen aparentemente a horizontes más tardíos. A pesar de participar de estas difusiones, el "área intermedia" nunca llegó más allá del nivel Formativo de desarrollo y no pudo producir los grandes estilos artísticos que caracterizan las civilizaciones clásicas de América Nuclear.

De acuerdo con estas manifestaciones de Willey, todas esas culturas del área intermedia representadas en Coelé, Veraguas, Chiriquí, Nicoya, etc., a pesar de ser algo más tardías que los formativos mesoamericanos y peruanos, evidentemente comparten con ellos rasgos típicos y en mismo nivel de desarrollo histórico relativo. Y el rasgo más sobresaliente es la técnica y el simbolismo de la estatuaria, que los relaciona con esas áreas.

La idea de Willey no escapa por lo visto al influjo de la vieja escuela norteamericana. Sus conceptos son más precisos y evidencian una cautela lógica pero no se preocupa por demostrar cierto contacto sostenido en épocas tardías ni en estudiar las vías de comunicación.

Krickeber considera que en general las corrientes difusionistas llevan una dirección Sur a Norte y en eso concuerda con Kidder.

De acuerdo con los datos que posee en el momento de publicar su libro, considera que la agricultura y la alfarería peruanas son más antiguas que las mesoamericanas. Y uno de los elementos preponderantes que expone es el gran desarrollo de la metalurgia en los Andes y en la zona colombiana y del Istmo, mientras destaca su tardía aparición más al norte. Además cree que cierto tipo de contactos sólo pudieron realizarse por vía marítima y todos los datos apuntan a un mayor desarrollo de las artes de la navegación para los pueblos de la costa del Pacífico en el Perú. Incluso utiliza como argumento el viaje de Thor Heyerdhal en 1947, hecho con la balsa Kontiki, lo que demostraría la facilidad de los viajes en dirección Sur-Norte.

Pero en general cree que la cultura mesoamericana, a pesar de los aportes extranjeros, tiene características tan peculiares que ellas no pueden explicar el origen de estas culturas. Además "las más antiguas altas culturas se presentan en el escenario americano aparentemente sin raíces, sin fases previas: en Mesoamérica la cultura Olmeca; en los países de los Andes la de Chavín. Este extraño fenómeno quizá se puede explicar satisfactoriamente sólo suponiendo la existencia de diversos impulsos que actuaron sobre América desde afuera" (pág. 408, edic. 1961).

Un arqueólogo con intensa preocupación en el tema es Michael Coe. En su trabajo "Archaeological Linkages with north and south America at La Victoria, Guatemala" (1960), expresa que el problema debe plantearse en términos de significado y ruta de difusión. Que las semejanzas que aparecen

entre Tlatilco y Chavín muestran un alto número de rasgos parecidos que probablemente no se deban a un paralelismo, pero que no está claro como se produjeron estos contactos, si por medio directo de comercio marítimo o de migraciones o de una combinación entre ambas.

Recientemente, investigaciones en Panamá frustran la posibilidad, hasta ahora exclusiva según Coe (aunque ya otros autores lo han dudado) de viajes sobre el continente entre las dos áreas. En cambio las investigaciones en Ecuador y la costa de Guatemala, demuestran los viajes por mar. Subraya el hecho de que muchas de las culturas mesoamericanas aparecen ya desarrolladas y no parecen tener antecesores demostrables, por ello algunos proponen contactos transpacíficos. Como ya lo ha dicho Gordon Childe, la difusión es un fenómeno complejo y los préstamos no son unilaterales. Coe se opone a las hipótesis que señalan una única dirección. Es el primer trabajo donde se analiza claramente el proceso y el mecanismo de la difusión, con toda la concomitancia de selectividad que ella implica. Se preocupa por la existencia de contactos entre las fases culturales de La Victoria en Guatemala y las de la cuenca de Guayas en Ecuador.

Las fases de La Victoria son las siguientes (Coe, 1961):

*Fase de Ocos:* Recolectores de marismos, tal vez agricultores, alfarería incisa, impresiones de dedos, punteado, estampado de redes, huellas de cuerdas, pulido. Comercio básico por mar. Arte textil preservado de impresiones decorativas en alfarería; algodón. Figurinas desnudas, maguey. Es indudablemente un Formativo incipiente.

*Fase Conchas:* Patrón de asentamiento en villas; recolectores de moluscos; pesca en río y en mar, caza de tortugas, agricultura. Coe piensa que si no puede incluirse en el Formativo, sería la única cultura arcaica con tanta cerámica. Viajes de comercio con las siguientes zonas: Costa del Golfo a través del Istmo de Tehuantepec y Chiapas. Por mar a Ecuador igual que la fase Ocos. Figurinas tipo olmeca (baby-face), lo que permite considerarlo como contemporáneo con Olmeca y Tlatilco. Un centro ceremonial en La Blanca puede corresponder a esta fase.

En realidad presentan un tipo de cultura mesolítica, con sedentarismo, lo que le da un aspecto Formativo. Pero en realidad tiene una economía mixta entre mesolítica y neolítica. Utiliza para esto los criterios ya expuestos por Willey y Phillips (1957).

La correspondencia con Ecuador se estableció a través de las fases Valdivia, Chorreras y Tejar, que son preformativas y formativas. Además, en la región existe una fase clásica: Guangala y otro post-clásica: Quevedo, Milagro y Montaña.

Valdivia es completamente distinta a las culturas de Mesoamérica y sus descubridores le atribuyen un origen extracontinental y una fecha que alcanza los 3000 años a. C.

En la fase siguiente Chorrera, encontramos montículos constituidos por desechos domésticos, localizados en bancos del río en la Cuenca del Guayas, y sobre la costa de la provincia de Guayas. Hay muchas razones para igualarlo con las culturas Chavín del Perú, según piensa Coe, particularmente con Cupisnique temprano y Ancon-Supe. Coe puede demostrar activo contacto

entre los grupos de la fase Chorreras de Ecuador y Ocós en La Victoria. Los elementos diagnósticos tipo que utiliza son: cerámica con pintura iridiscente, platos con bordes espesados interiormente, bordes iridiscetes. La pintura iridiscente tiene posiblemente más larga historia en Ecuador que en Mesoamérica, donde sólo se encuentra en Ocós y en Mirador I. Meggers (1964) comparte las opiniones de Coe a este respecto. Cree que el rasgo se origina en Ecuador, donde subsiste en fases posteriores, aunque por algunos argumentos que esgrime tal vez sería posible pensar que es más antigua en Ocós. Hay otros rasgos semejantes, pero no tienen el mismo valor diagnóstico que los mencionados. Parece que el contacto de Chorreras con el Norte, continúa dentro de la fase Conchas. Idénticas escudillas de silueta compuesta con una serie de rasgos similares se encuentran en Chorreras y en Conchas. También en Perú y en el resto de Sudamérica, y están presentes en Chorreras como resultado del contacto con Conchas.

Por otra parte, las semejanzas continúan en los niveles posteriores de ambas zonas: Tejar en Ecuador y Conchas en La Victoria. Entre ellos podemos mencionar: los pucos rayadores de formas similares. Evans y Meggers sugieren que su brusca introducción coincide con la utilización de un nuevo alimento o nuevo método de preparación de comida que puede haber sido la ralladura del chile en la costa pacífica de Guatemala. Dice Coe que si es así la difusión de Norte a Sur parece reforzada por la temprana aparición de los ralladores en Mesoamérica desde que en Tejar no comienza antes del período correspondiente a Conchas II y en La Victoria están presentes ya en la I. Otro elemento es la pintura negativa. Ésta parece ser la más antigua en ambos continentes pero el origen es todavía dudoso. Coe cree que acaso todas las relaciones entre Meso y Sud América pueden encontrar su respuesta a través de La Victoria. Señala las mayores similitudes que existen entre Ocós y Ancon, mayores que entre Ancon y Tlatilco. Sostiene que la posición temporal de Ocós puede implicar estas complejas técnicas decorativas (bruñido y pintura zonal) que aparecen en la cultura chavinoide, se expanden desde el Formativo temprano de la costa pacífica de Guatemala a la del Perú entre 1500 al 714 a. c. Estas técnicas incluyen no sólo la idea del "rocker-stamping" que tiene una sola historia dentro del Nuevo Mundo. Sostiene que estos contactos tuvieron lugar por vía marítima y estudia y ofrece datos sobre las posibilidades de navegación en la región de acuerdo a las distintas épocas del año en función del aprovechamiento de las corrientes marinas y los vientos

En 1932, Coe publica un artículo donde supone un directo impacto olmeca sobre cierta alfarería pre-chavín de Kotosh en Perú, pieza que lleva un diseño punteado con un motivo de maíz. Coe sostiene que esta forma de representar el maíz no es típica del Perú y sí lo es, en cambio, entre los olmecas.

En 1963 encontramos la respuesta de Lanning a este trabajo, y en el mismo número la contrarespuesta de Coe. Fundamentalmente Lanning no acepta la opinión de Coe. Sobre todo combate la idea de que todas las civilizaciones del Nuevo Mundo incluyendo Chavín, son de origen Olmeca. Lanning considera que es un simple fenómeno de convergencia estilística e intenta demostrarlo con varios argumentos, entre los que se encuentran la contemporaneidad de los dos estilos, que además se desarrollaron ambos sobre la base común económica del maíz, el hecho de que el jarro de Kotosh sea pre-Chacín, que en todo caso eso demostraría la mayor antigüedad del

jarro de Kotosh en relación con la cultura Olmeca. Afirma que para demostrar la difusión sería necesario localizar el proceso villa por villa. Además se apoya en ciertos datos que señalan que muchos rasgos elementales culturales, tales como la pintura negativa, son más antiguos en Perú que en Mesoamérica. Además, apoyándose en las investigaciones en el sitio de Las Haldas, define la mayor antigüedad de la agricultura en Perú que en el área Olmeca.

Coe responde sistemáticamente a cada uno de los argumentos de Laning no aceptando ninguno. Uno de los que nos interesa destacar, al margen del rechazo o aceptación de sus opiniones generales, es la observación con respecto a que, para señalar el sitio de origen de un rasgo, son necesarias fechas de cronología absoluta. Nos parece acertada esa crítica cuando dice que el margen de variación de un dato de C.14 es mayor que el tiempo necesario para que se produzca un fenómeno de difusión: 50 años. Sostiene invariablemente su tesis del origen olmeca para las culturas del Nuevo Mundo. Como conclusión podemos decir que aparentemente, a pesar del "fecundo cambios de ideas", los dos continúan irreductiblemente en sus respectivas posiciones.

Ya que en estos últimos años, como vemos, va teniendo mucha aceptación la hipótesis de los contactos transpacíficos, cabe mencionar al respecto los hallazgos que Jorge Iribarren Charlin hiciera en sitios de la provincia de Coquimbo en Chile, y que denomina cultura de Huentelauquén.

Se trata especialmente de artefactos lícitos de formas geométricas: triangulares, pentagonales, exagonales, circulares, algunos dentados, que se encuentran asociados a diversos tipos de puntas, algunas que recuerdan a Ayam-pitín, raspadoras, etc. La integración cultural de las mismas resulta difícil (Iribarren, 1961 y 1962).

El asombro de Iribarren fue muy grande, cuando en el transcurso de un viaje a los Estados Unidos pudo apreciar la presencia de otros artefactos similares que correspondían a sitios arcaicos de la zona de California y que eran fechados hacia 4500 a. C. (sobre esta cultura ver: Eberhard Hal - The Cogged stones of southern California, American Antiquity, vol. 26, N° 2, 1961).

La falta de mayores datos impidió establecer correlaciones directas, pero lo cierto es que artefactos tan atípicos en el área chilena sólo podían tener una explicación a través de un fenómeno de préstamo cultural.

En el Congreso Internacional de Americanistas de México en 1962, tuvo lugar un Simposium sobre el Desarrollo Cultural de Latinoamérica. Fue editado por Meggers y Evans en 1963. En este trabajo, como corolario Meggers establece las relaciones que pudieron observarse a la luz de los últimos datos aportados por los investigadores que participaron en el simposium. El trabajo consta de varios cuadros y mapas donde se establecen fechas y áreas de dispersión de los más importantes rasgos alfareros en el área en estudio.

Meggers logra establecer que la distribución de los rasgos de aparición más tempranos tales como el asa estribo, rocker-stamping, decoración zonal roja, decoración zonal hachurada y escisión, sugieren un contacto directo por mar entre Ecuador y el centro de Mesoamérica, alrededor de 1200 a. C.

Supone también que ellos se originan en Ecuador, donde tienen mayor antigüedad, con lo que defiende una posición opuesta a la de Michael Coe. En Mesoamérica esta influencia parece haber tenido su contrapartida me-

dian­te la di­fu­sión del ma­íz y al­gu­nos ele­men­tos ce­rá­mi­cos que lle­gan al Ecua­dor en­tre 1200 y 1500 a. C. Los ras­gos ta­les co­mo: base pe­des­tal, pin­tu­ra blan­ca so­bre ro­ja, pin­tu­ra ne­ga­ti­va y po­li­croma tam­bién sugie­ren con­ta­cto di­rec­to por mar en­tre Ecua­dor y Mé­xi­co cen­tral al­re­de­dor del año 500 a. C. Es­tos ras­gos apa­re­cen jun­tos en la co­sta del Ecua­dor en el co­mien­zo del pe­rí­o­do de de­sar­rol­lo re­gion­al, im­pli­can­do di­fu­sión des­de afue­ra.

El ori­gen del se­gun­do gru­po pa­rece ser Me­so­amé­rica cen­tral. Con ex­cep­ción de Ecua­dor, don­de se en­cuen­tran jun­tos, es­tos ras­gos pa­re­cen tener una di­fu­sión ca­su­al tan­to en es­pa­cio co­mo en tie­mpo, co­mo re­sul­ta­do de un pro­ce­so de pré­sta­mo in­de­pen­diente.

El ter­cer gru­po de ras­gos está com­pues­to por: co­bre, pi­pas acoda­das, fi­gu­ri­nas en molde, tum­bas con tu­bos de ven­ti­la­ción. Meg­gers con­si­de­ra que la re­la­ti­va anti­güe­dad de es­tos úl­ti­mos ras­gos tam­bién sugie­ren con­ta­cto di­rec­to de Me­so­amé­rica y el no­ro­este de Amé­rica del Sur, des­pués de los co­mien­zos de la Era Cri­stia­na. Con­si­de­ra que es­tos ras­gos tie­nen su ma­yor anti­güe­dad en Ecua­dor, y que por lo tan­to pue­de ser el cen­tro de di­fu­sión. Pe­ro tam­bién des­ta­ca el he­cho de que en Me­so­amé­rica se los en­cuen­tra ca­si con la mis­ma anti­güe­dad, lo cual tam­bién per­mite su­poner una ru­ta o di­rec­ción del pré­sta­mo de norte a sur.

En 1963, Lothrop pre­sen­ta otro tra­ba­jo que re­fuer­za mu­chas de las con­clu­sio­nes an­te­rio­res, pe­ro que ofre­cen tam­bién nue­vos pa­no­ra­mas para es­tu­diar las re­la­cio­nes en­tre Amé­rica Cen­tral y Me­so­amé­rica. A través del es­tu­dio de tallado en pie­dra del área del de­lta del río Di­quís en Co­sta Ri­ca, pue­de es­ta­ble­cer dos tra­di­cio­nes: una que viene del norte, ori­gina­da en la cul­tu­ra Ol­me­ca y al­can­za la re­gión, man­ifes­tán­dose por una for­ma pecu­liar de la fi­gu­ra hu­ma­na. Lle­van los miem­bros recorta­dos, en for­ma si­mi­lar a al­gunas de Mé­xi­co cen­tral, que per­sis­ten en Teo­ti­hua­cán y Tu­la Tol­te­ca y Az­te­ca (es­cul­tu­ra de bul­to). Esta cor­riente de in­fluencia tam­bién es­tá­ría mar­cada por la im­por­ta­ción de es­ta­tu­i­llas de jade ol­me­cas has­ta la pe­nín­su­la de Ni­co­ya, y Ve­ra­gua (Pa­na­má), pe­ro que ya no se co­no­cen más al sur.

En cam­bio piens­a que la dei­dad felí­nica pro­viene de una tra­di­ción me­ridio­nal, pue­sto que apa­rece pri­me­ro e nel es­ti­lo Chavín, en los tejidos y ce­rá­mi­ca de Pa­ra­cas, y reaparece en Tia­huan­co. Piens­a que al­can­zó Co­sta Ri­ca en al­gún mo­men­to post-tia­huanaco o tia­huanaco-co­ste­ro tar­dí­o. La ex­pan­sión no se ha­bría he­cho sólo por mar si­no tam­bién por tie­rra con de­ten­cio­nes tem­po­ra­les en Ma­na­bí, en Ecua­dor, San Agus­tín y Co­clé, en Pa­na­má. Tam­bién se­ña­la cer­tos mo­ti­vos y mo­dos es­ti­lis­ti­cos de ti­po Tia­huanaco co­mo el hom­bre con bá­cu­lo con la cara de per­fil, que reaparece en Co­sta Ri­ca. El se­gun­do Pa­trón Tia­huanaco en Co­sta Ri­ca es la ma­ne­ra bien co­no­cida de mos­trar los die­ntes. Aun­que no haya una con­ti­nu­a di­fu­sión des­de el Pe­rú, hay es­ta­cio­nes en el ca­mi­no que sos­tie­nen la idea de con­ti­nu­idad his­tó­rica. En Co­sta Ri­ca los ca­ni­nos en for­ma de N han si­do re­gis­tra­dos en can­ti­dad dis­mi­nuyente tan le­jos co­mo en Las Mer­ce­des en el No­reste.

Otro ele­men­to pe­ruano es la len­gua en for­ma de ser­pien­te o de dra­gón y cin­tu­rones con es­os mo­ti­vos. Los dos ti­pos apa­re­cen en Co­clé y Lothrop es­ti­ma que las pri­me­ras man­ifes­ta­cio­nes se en­cuen­tran en los tejidos de Pa­ra­cas Necró­polis. En San Agus­tín tam­bién apa­re­cen.

En el úl­ti­mo tra­ba­jo de Lothrop en 1964, de­sar­rol­la es­tos mis­mos con­cep­tos, pe­ro am­pliados. Se de­tiene a es­tu­diar la dis­per­sión de felino que con­si­de­ra

surge en Paracas y se extiende como motivo hasta Centro América y Mesoamérica. Establece que el motivo del dragón perdura en Costa Rica aun en la cerámica llamada Alligator que alcanza el período de conquista. Estudia las variaciones del motivo tanto en culturas como Mochica, como en las ya mencionadas Alligator. Cree en general que el transporte debió hacerse por vía marítima y que esto no pudo suceder hasta tanto la navegación, que considera menos temprana que otros autores, alcanzara un grado tal que permitiese llegar a costas lejanas.

En 1964 también fue publicado un trabajo de Doris Stone. Allí se estudia la escultura de Costa Rica y encuentra que en ella se manifiestan influencias de Sud América (tierras bajas) y de las Antillas y también andinas y mexicanas.

En la zona de Diquís encuentra pocas conexiones con Mesoamérica pero sí con los Andes. El arte es altamente estilizado, con énfasis en las formas.

En Nicoya hay grandes estatuas (la única zona) y existe más de un estilo. En Los Palmares, sobre la costa pacífica, hay figuras humanas sentadas sobre bancos horizontales. En el área de Nascala aparecen figuras con el "alter ego", semejantes a las de Ometepe Island en el Lago Nicaragua. Señala la semejanza con estilos mexicanos, entre otros de la estatua de Tuxtla, con San Agustín. La región de la sierra y la cuenca atlántica, tiene más relaciones en general con las llanuras sudamericanas y destaca que los Andes sudamericanos juegan un papel importante en el arte lítico de Diquís.

El importantísimo trabajo de Meggers, Evans y Estrada, publicado por la Smithsonian Institution en 1965 cerrará la lista de trabajos discutidos en el presente resumen.

En este libro los autores presentan la monografía completa de todo lo investigado en la costa de Ecuador y sus últimas conclusiones en el tema.

En lo que respecta a aquello presentan una serie de datos para sostener la posibilidad de contactos con Mesoamérica con una dirección preponderantemente de Sur a Norte. Por ejemplo sostienen que algunos de los más tempranos estilos mesoamericanos incorporan elementos de decoración y formas semejantes a los de la fase Machalilla de Ecuador. En la fase Conchas de La Victoria, Guatemala, encuentran rasgos que lo relacionan con Tlatilco y además dicen que los datos de C.14 dan a estos complejos una edad de 1500 años más recientes que los de la fase Machalilla, de modo que hace difícil considerar que los rasgos en cuestión deriven de influencias mesoamericanas.

Los autores cuentan, que antes de que se descubra la fase Machalilla, muchos rasgos mesoamericanos fueron encontrados según Coe (1960) en la fase Chorreras. Con el reconocimiento de la fase Machalilla se explican la presencia de esos rasgos posteriormente. Es decir, antes del descubrimiento de la fase Machalilla se notaba una enorme diferencia entre la fase Valdivia (la más antigua cerámica de América probablemente) y la siguiente fase Chorreras con elementos que atribuyeron a origen mesoamericano. Pero estos elementos fueron luego encontrados en Machalilla, que es en parte contemporánea con los últimos momentos de Valdivia y a la que termina uniéndose para dar origen a Chorreras.



Pero además los autores puntualizan que los complejos mesoamericanos tienen 500 o más años más modernos que las fechas más antiguas de Ecuador y que son demasiado más modernos sofisticados para representar el comienzo de la cerámica.

Mac Neish sostiene que el complejo cerámico que él localiza en Tehuacán con una fecha entre 2500 y 1500 a. C. presentan formas elaboradas que debieron haber tenido un origen más temprano en alguna otra área. Meggers, Evans y Estrada consideran que las semejanzas entre Tlatilco y Machanilla son más fáciles de explicar considerando a Machalilla el origen, que a la inversa.

Las relaciones de la cerámica Valdivia con estilos de la costa norte de Colombia y la presencia en ella de ciertos elementos que pueden provenir de la zona del Caribe le hacen pensar a los autores que surgen varias rutas de intercomunicación en el Formativo inicial. La asociación en Kotosh de dos grupos de rasgos distintos tales como: incisión terminada en punto, zonas dentadas, anillos de puntos y zonas hachuradas con el asa estribo, claramente separadas en el tiempo en la costa de Ecuador puede ser tenida en cuenta para postular la convergencia de los movimientos: uno hacia el Sur, a lo largo de los valles intermontanos desde la costa del Caribe de Colombia, y el otro a partir de la costa del Ecuador. "Aunque los complejos cerámicos con suficiente antigüedad para servir de jalones no han sido encontrados en el área intermedia, ciertas consideraciones técnicas sostienen tal reconstrucción. En Sudamérica las evidencias indican que la cerámica aparece primero entre los explotadores de alimentos marinos y fue transmitida en el comienzo a grupos en circunstancias similares a lo largo de las costas de Panamá, Colombia y posiblemente Perú. Por analogías con las evidencias de Tehuacán, la difusión de la cerámica dentro del continente dependió primero de la adquisición de la agricultura, que permitió vida sedentaria. Se sigue a esto que la aparición de la cerámica en las tierras altas, implica previa o simultánea adquisición de plantas domesticadas de suficiente productividad para constituir una fuente segura de alimentos. La existencia de una etapa pre-cerámica en Kotosh puede establecer que el modelo teórico se manifiesta en dos formas: 1) atestiguando la existencia de poblaciones sedentarias en las tierras altas centrales de Perú antes de la introducción de la cerámica. 2) Permitiendo la proyección de una situación similar por "aptitud de subsistencia" hacia el norte hasta una fuente para que ciertos elementos del complejo cerámico sean alcanzados" (Meggers, Evans y Estrada, 1965).

Consideran que las plantas, las ideas y los métodos pudieron seguir una ruta similar a la que los incas construyeron por la sierra. A raíz de los trabajos de Lothrop discuten la posibilidad también de un origen similar para muchos elementos de la fase Machalilla.

El lector habrá advertido que la tendencia a aceptar las posibilidades de difusión están en progresivo aumento en este momento. Pero el recrudecimiento del interés por los períodos agro-alfareros tempranos, ha hecho que la mayor parte de la información sobre nuestro tema también se refiera más específicamente a este período. Lo cierto es que en general, a una posición más abierta o más flexible, se deben sumar también controles informativos mucho más rigurosos. Las comparaciones se hacen en base a secuencias cro-

nológicas perfectamente establecidas, los mecanismos de la difusión han sido mejor analizados, el factor ecológico es colocado en la balanza con regular precisión y la capacidad adaptativa e inventiva del hombre son también muy cuidadosamente considerados. Creemos que el modelo de análisis ha equilibrado los factores intervinientes con un alto grado de regularidad. Si bien no hemos tenido espacio para comentarlos, la literatura metodológica en ese aspecto ha avanzado mucho y un trabajo especialmente bueno sobre esto es el de Bruce G. Tigger "Beyon History, the methods of prehistory". Pero esa metodología se estrella a veces contra la carencia de información. Hay extensas áreas, sobre todo en América Central, que para el caso es el área clave, que están sin explotar y otras lo están inadecuadamente. En realidad el comentario de los trabajos sobre difusión entre Mesoamérica y el Area Nuclear debieran haber estado precedidos de un buen esquema de las etapas de desarrollo en cada área para facilitar su comprensión. La falta de espacio nos impidió hacerlo, y por otra parte todos los casos demostrables o demostrados de difusión han sido discutidos al considerar los autores más modernos. Creemos que mañana muchas de las afirmaciones serán insuficientes o erróneas. Por otra parte, ciertas aproximaciones metodológicas completamente diferentes a las utilizadas por los americanos, como el estructuralismo, posiblemente abran las puertas que han permanecido cerradas hasta el momento. Cualquiera fuera el camino en su comienzo la labor que nos espera es larga y posiblemente llevará muchos años de esfuerzos andando muchas veces por los senderos del ensayo y el error.

ROSARIO, 1966

## BIBLIOGRAFIA

- COE, MICHAEL D. 1960. "Arqueological linkages with north and South America at La Victoria, Guatemala", en *American Anthropologist*. Vol. 62, Nº 3, páginas 363-393.
- CHAVES CAMPOMANES, MARÍA TERESA. 1960. "Afinidades y diferencias culturales de aborígenes de México y Perú" en Homenaje a Rafael García Granados, págs. 133-146. México.
- EVANS, CLIFFORD. 1964. "Lowland South America", en Jennings and Norbek (Ed.) *Prehistoric man in the New World*, págs. 419-551. University of Chicago Press. Chicago.
- HERSKOVITS, MELVILLE J. 1958. "Accumulation. The study of culture contact". Gloucester, Mass.
- JIJÓN Y CAAMAÑO, JACINTO. 1930. "Una gran marea cultural en el N.O. de Sud América", *Journal de la Societé des Américanistes*, T. XXII, págs. 107-197. Paris.
- IRIBARREN CHARLIN, JORGE. 1961. "La cultura de Huentelauquén y sus correlaciones". Museo Nacional de La Serena. *Contribuciones Arqueológicas* Nº 1. La Serena.
- 1962. "Correlations between archaic cultures of Southern California and Coquimbo, Chile". *American Antiquity*. Vol. 27, Nº 3, Salt Lake City.
- KIDDER II, ALFRED. 1940. "South America penetrations in Meddle America", en *The Maya and their Neighbors*, págs. 441-459. New York.
1964. "South America High Cultures", en Jennings and Norbek (Ed') *Prehistoric man in the New World*, págs. 451-489. University of Chicago Press. Chicago.
- KIRCHOFF, PAUL. 1943. "Mesoamérica: sus limites geográficos, composición étnica y caracteres culturales". *Acta Americana*. T. 1, págs. 92-107.
- KRICKEBERG, WALTER. 1961. "Las antiguas culturas mexicanas". Fondo de Cultura Económica. México.

- KROEBER, ALFRED L. 1928. "Cultural relations between north and south America", en International Congress of Americanists, XXIII, New York, 1900.
- 1940. "Conclusions: the present status of americanistic problems", en *The Maya and their Neighbors*, págs. 460-489. New York.
- LANNING, EDWARD. 1963. "Olmeca and Chavín: reply to Michael Coe", en *American Antiquity*. Vol. 29, N° 1, págs. 99-101. Salt Lake City.
- LOTHROP, SAMUEL D. 1931. "Sud América vista desde América Central". Congreso Internacional de Americanistas. XXVII, T. 1. Lima, 1942.
- 1964. "Peruvian stylistic impact on Lower Central America", en *Essays in Pre-Columbian art and archeology*, págs. 258-286. Harvard University Press, Cambridge, Mass.
- MEGERS, BETTY. VTF. "Cultural development in Latin America: an interpretative review" en Meggers and Evans (Ed.) *Aboriginal Cultural development in Latin America: an interpretative review*. Smithsonian Miscellaneous Selections, Vol. 145, N° 1. Washington.
- 1964. "North and South American Cultural Connections and Convergencias" en Jennings and Norbek (Ed.) *Prehistoric man in the New World*. University of Chicago Press, Chicago.
- MEGERS, BETTY and CLIFFORD EVANS (Editores). 1963. "Aboriginal cultural development in Latin America: an interpretative". Smithsonian Miscellaneous Collections, Vol. 146, N° 1. Washington.
- MEGERS, B.; EVANS, C., y ESTRADA, E. 1959. "Early formative period of Coastal Ecuador". Smithsonian Contributions to Anthropology, Vol. 1.
- NORDENSKIÖLD, ERLAND. 1946. "Origen de las civilizaciones indígenas de la América del Sur". Buenos Aires (Edición original: Göteborg Museum, 1931).
- PORTER, MURIEL NOÉ. 1953. "Tlatilco and the pre-clasic cultures of the New World". Viking Fund, Publication in Anthropology, New York.
- RIVET, PAUL. 1925. "Les éléments constitutifs des civilisations du Nord-Ouest et de l'Ouest Sudaméricains", en *Compte Rendu du Congress International des Americanistes*, XXI sesión. XII partie. Göteborg.
- ROMERO, EMLIO. 1949. "¿Existe alguna relación entre los Danzantes de Monte Albán en México y los monolitos de Cerro Sechín en el Perú?", en Sol Tax (Ed.). *The civilisations of ancient America. Selected papers of the XXIX th. International Congress of Americanists*. University of Chicago Press, Chicago.
- ROOT, WILLIAMS C. 1964. "Pre-Columbian metalwork of Colombia and its neighbors", en *Essays in Pre-columbian Art and Archeology*, págs. 242-258. Harvard University Press, Cambridge.
- SPINDIN, HERBERT. 1917. "The origin and distribution of agriculture in America", en *Proceedings of the XIX th. International Congress of Americanists*, págs. 269-276. Washington.
- STRONG, WILLIAM DUNCAN. 1949. "Cultural resemblances in Nuclear America: parallelism or difusión?", en Sol Tax editor, op. cit.
- TELLO, JULIO. 1928. "Andes civilisation. Some problems of Peruvian Archeology". International Congress of Americanists. 3ª edición, págs. 259-290. New York. 1930.
- UHLE, MAX. 1923. "Civilizaciones mayoides en la costa pacífica de Sud América", en *Boletín de la Academia Nacional de Historia de Ecuador*. T. VI, págs. 87-92. Quito.
- 1923. "Toltecas, mayas y civilizaciones sudamericanas", en *Boletín de la Academia Nacional de Historia de Ecuador*. T. VII, págs. 1-13. Quito.
- 1928. "Desarrollo y origen de las civilizaciones americanas", en *International Congress of Americanistas*. XXIII. pág. 31-43. New York, 1930.
- WILLEY, GORDON. 1953. "Archeological theories and interpretation: New World", en Kroeber, editor: *Anthropology Today*. University of Chicago Press, Chicago.
- 1951. "The Chavin problem: a review and critique", en *Southwestern Journal of Anthropology*, vol. 7, N° 2. Alburquerque.
- 1959. "The intermediete «área» of Nuclear America: its prehistoric relationships to Middle America and Perú", en *Actas del XXXIV Congreso Internacional de Americanistas*, vol. 1, págs. 184-194. Costa Rica.